

INTRODUCCIÓN

POR

KARINA MILLER
Independent Scholar

Y MARÍA CISTERNA GOLD
University of Massachusetts, Boston

*The modern political animal is first a literary animal,
caught in the circuit of a literariness that undoes the
relationship between the order of words and the order
of bodies that determine the place of each.*

Jacques Rancière, *Disagreement* 37

¿Por qué política y afectos? ¿Qué contradicciones y posibilidades de interpretación se despliegan en este oxímoron? ¿Dé qué manera un conjunto de prácticas e instituciones como la política, determinadas por el paradigma de la racionalidad técnica y la ideología, permiten un abordaje teórico que se enfoca en “fuerzas” o “intensidades” que pasan por los cuerpos?

Los trabajos de esta antología insisten en la conexión entre estas dos nociones, en diferentes medios artísticos como la literatura, la pintura, la televisión, el cine. Nuestra convocatoria a pensar los afectos y las emociones en producciones culturales latinoamericanas se basa en una hipótesis simple: en el terreno de la estética, las representaciones de los afectos y las emociones funcionan como índices que posibilitan una nueva lectura política basada en la dialéctica entre afectos e ideología. La analogía estructural entre ideología y afectos se da en su anclaje en lo material, como señala Louis Althusser: “[...] an ideology always exists in an apparatus, and its practice, or practices. This existence is material” (40). La paradoja es que su carácter material no está dado por una existencia “concreta”, “does not have the same modality as the material existence of a paving-stone or a rifle” (40).

De la misma manera, los afectos tienen anclaje material en los cuerpos y sin embargo su existencia no tiene la misma modalidad concreta que el cuerpo. Hay –no obstante– una capacidad de “movilidad” o movilización política que involucra tanto a los afectos como a la ideología, Ernesto Laclau lo señala en su trabajo sobre el

populismo cuando identifica la función del afecto en las “formaciones discursivas o hegemónicas”.¹

La articulación de estas dos nociones abarca diferentes líneas teóricas, que en general se han enfocado en uno u otro aspecto de la dicotomía: hegemonía, poshegemonía, posmemoria, el “giro afectivo” y la biopolítica, entre otras, que indagan en la relación entre retórica, cultura, estética, política y la capacidad específica del cuerpo de afectar y ser afectado por otros.² En otras palabras, los artículos que reunimos aquí exploran el alcance político de los afectos como suplemento de sentido; rastrean los significados que se despliegan en éstos *más allá* de la ideología explícita o implícita en los diferentes objetos de análisis que abordan; analizan la manera en que se expresan y los relacionan con su contexto histórico-político de producción.

No es nuestra intención aquí hacer un recuento de las diferentes tendencias del llamado *affective turn* que, según la introducción a la antología de ensayos editada por Melissa Gregg y Gregory J. Seigworth, tiene su momento resurgente en la teoría anglosajona en 1995.³ En los estudios culturales latinoamericanos, la publicación de *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América latina*, editado recientemente por Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado, es un precedente fundamental que explora específicamente la representación de las emociones en diferentes producciones culturales de Latinoamérica. Como señala Sánchez Prado, la diversidad en la teoría de los afectos despliega una batería conceptual que supone un suplemento crítico con respecto a las posibilidades hermenéuticas de la ideología, ya que:⁴

provee a los estudiosos de producciones culturales conectadas a los afectos –quizá todas las producciones culturales, para ser más precisos– importantes herramientas y reflexiones en la tarea de recalibrar los estudios culturales más allá del privilegio epistemológico otorgado a la ideología y a las identidades sociales desde sus posiciones paradigmáticas. (12)

¹ En *La razón populista*, Laclau elabora una relación teórica muy interesante entre significación y afecto. Afirma que “No hay ninguna posibilidad de un lenguaje en el cual las relaciones de *valor* se establecieran solamente en unidades *formalmente* especificables. Así, se requiere el afecto si la significación va a ser posible”, 143. De esta manera, señala, cualquier totalidad social es resultado de una articulación entre estas dos dimensiones. Desde esta perspectiva, Laclau identifica el funcionamiento de los afectos en la experiencia populista, y en la construcción de la lógica hegemónica, 148-49. Ver el apartado “Nominación y afecto”, 131-58.

² “[...] affect has potential: a body’s *capacity* to affect and to be affected” (*Affect* 2).

³ Esta introducción, que titula “An Inventory of Shimmers”, señala como hitos de ese nuevo interés teórico los ensayos de Eve Sedwick y Adam Frank (“Shame in the Cybernetic Fold”) y el de Brian Massumi (“The Autonomy of Affect”) (5). Para un recuento de las diversas tendencias en la teorización de los afectos, ver “An Inventory of Shimmers” (6-9).

⁴ Sánchez Prado describe esta heterogeneidad en la teoría de los afectos: los estudios *queer*, la comodificación de la vida en el capitalismo avanzado, los estudios cognitivos y neurociencia, los estudios derivados de la lectura deleuziana de Spinoza y los desarrollos en la psicología cultural (12).

Sin duda la apertura conceptual que trae aparejado el “giro afectivo” es de gran importancia para los estudios culturales latinoamericanos; sin embargo nos interesa explorar aquí, en particular, la brecha que estas nociones abren en la percepción de cierta problemática tradicionalmente asociada *exclusivamente* a la ideología, la construcción de la hegemonía, la lucha por el poder simbólico, o la construcción de subjetividades políticas en su sentido más amplio (que incluyen nacionalidad, género, raza, etc.). Es decir, proponemos una interpretación de los afectos en relación con ciertas formas discursivas hegemónicas.⁵ Es en éste sentido que nos referimos a “políticas” de los afectos como modo de subjetivización de un determinado campo de la experiencia, como señala Jacques Rancière:

Politics is a matter of subjects or, rather, modes of subjectification. By *subjectification* I mean the production through a series of actions of a body and a capacity for enunciation not previously identifiable within a given field of experience, whose identification is thus part of the reconfiguration of the field of experience. (*Disagreement* 35)

Las políticas de los afectos y las emociones, siguiendo al pensador francés, redefinen un campo de la experiencia: “Political activity reconfigures the distribution of the perceptible” (*The Politics of Literature* 4), vuelven “visible” y “decible” lo que antes era invisible o permanecía en silencio; intervienen en una relación entre prácticas y formas de inteligibilidad (4). ¿Qué se hace visible, entonces, en la representación de ciertos afectos como modo de intervención en la percepción de la cultura, la historia y la política, en los artículos que reunimos aquí? ¿De qué manera se “reconfigura” el campo de la experiencia en relación con formas de poder y de coerción y consenso?

Nos interesa indagar en los códigos y estrategias de representación que se despliegan como alternativa a ciertos discursos hegemónicos; y en las posibilidades éticas y políticas de la escritura que se manifiestan en la representación de los afectos. El enfoque interdisciplinario de los trabajos sugiere que ciertos afectos y emociones como el amor, el erotismo, la soledad, la nostalgia, el aburrimiento, la distancia afectiva

⁵ Esto incluye también la idea de poshegemonía de Jon Beasley-Murray, que propone pensar la política desde los afectos, los hábitos y la multitud. La ideología, afirma el crítico, resulta insuficiente para asegurar el orden social (y nunca lo ha asegurado). En diálogo con el concepto de hegemonía de Gramsci y la lectura de éste que hace Ernesto Laclau, Beasley-Murray enfatiza el rol del afecto sobre la ideología. El afecto, señala: “indicates the power of a body (individual or collective) to affect or to be affected by other bodies”. El hábito (tomado de la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu): “describes the way in which bodies act out the regular repetitive activities that structure daily life” y caracteriza a la multitud como una colección de cuerpos que se organizan de manera que incrementan los poderes afectivos (x-xi). La poshegemonía es un intento de repensar la política “desde abajo hacia arriba”, que niega la función de la ideología como elemento aglutinante de cohesión y consenso. Nos interesa también esta perspectiva como punto de partida para al articulación afecto-ideología en la cual indagan los ensayos de este volumen.

o el repliegue emocional, etc., pueden ser leídos como señales que atraviesan distintos géneros y medios artísticos, que condensan preocupaciones ligadas a lo político en el campo estético. Nos atañen especialmente los afectos como mediadores entre estética y política.⁶

Creemos que estos interrogantes tienen hoy más que nunca el peso teórico y la validez conceptual necesarias para abordar la relación entre cultura y política en América Latina. En el contexto del debate de la poshegemonía en el que la idea gramsciana de hegemonía sustentada en la ideología como motor de coerción y cohesión social se traslada a los afectos y los hábitos, y de la posmemoria, para la cual los afectos juegan un papel fundamental en la reconstrucción de los recuerdos personales y de la memoria histórica, nos parece evidente la necesidad de rastrear las diferentes representaciones que atraviesan períodos y territorialidades.⁷

Como señala Jonathan Flatley en su estudio sobre melancolía y modernidad, los afectos pueden ser interpretados como “el lugar en donde se puede diseñar un mapa de los orígenes sociales de nuestra vida emocional, y desde donde podemos ver a otros que comparten nuestras pérdidas y están sujetos a las mismas fuerzas sociales” (3).⁸ De esta manera, es posible leer los afectos y emociones representados aquí como determinados y determinantes de su contexto histórico-político. ¿Cómo pensar entonces las distancias y los acercamientos, los desvíos y las rupturas afectivas que trazan los diferentes “mapas afectivos” de los ensayos de esta antología? La idea de “*affective mapping*” de Flatley resulta particularmente útil, como “tecnología estética que representa la historicidad de la propia experiencia afectiva” (4). Desde esta perspectiva es posible iluminar un problema desde una dimensión que involucra los cuerpos, cómo son afectados y afectan otros cuerpos: sus pasiones, emociones, deseos, indiferencia, experiencias de pérdida, amorosas, y de las fuerzas sociales que se estructuran “a través” de éstas (Flatley 1-10). El foco en la interpretación de los afectos y las emociones en la literatura, el cine, la pintura, los medios masivos de comunicación, etc., de los ensayos que contiene este volumen propone un desvío del paradigma que encuentra su fundamento en la

⁶ Para un panorama analítico de las diferentes perspectivas del llamado “affective turn”, ver el *Postscriptum* “El lenguaje en la caja de herramientas” de Mabel Moraña en *El lenguaje de las emociones*, 313-37.

⁷ Marianne Hirsh señala que la generación pos-holocausto recibe la transmisión afectiva de las imágenes y recuerdos traumáticos familiares y colectivos de la guerra. Insiste en que la memoria puede ser transferida a aquellos que no vivieron un evento, ya que la memoria es una “fuerza afectiva”, 31. “Memory signals an affective link to the past [...] [is a] ‘living connection’”, 33. “Postmemory describes the relationship that the ‘generation after’ bears to personal, collective, and cultural trauma of those who came before [...] But these experiences were transmitted to them so deeply and affectively as to *seem* to constitute memories in their own right”, 5.

⁸ “[t]he site in which the social origins of our emotional lives can be mapped out and from which we can see other persons who share our losses and are subject to the same social forces”, 3. La traducción es nuestra en todas las citas de este texto.

ideología como herramienta hermenéutica única del espacio político de la cultura. La interrelación ideología/afecto permite abordar lo estético como cruce entre lo público y lo privado, lo personal y lo social. Los afectos, las emociones y los sentimientos que circulan en las diferentes producciones culturales analizadas aquí están cargados de sentido político, no solamente por lo que dicen sino también por lo que no dicen pero expresan en su manera de interpelar al lector o espectador desde una posición crítica y muchas veces irónica de su propio estatus ficcional.

Cada ensayo de este volumen organiza su propio microclima crítico que se puede generalizar en dos bloques de sentido: 1) *el desborde* emocional y afectivo como manera de intervención en la percepción de los discursos de identidad y construcción de la nación; 2) *el desapego* emocional y afectivo, la apatía y la alienación como síntoma del desencanto político, que algunos artículos identifican especialmente a finales del siglo XX y principios del XXI.

La estética romántica de fines del siglo XIX construye un espacio literario en el cual los afectos se filtran a través del discurso político hegemónico, señalando brechas en la racionalidad política y “redistribuyendo lo perceptible”, haciendo visible una problemática que permanecía inteligible. El artículo de Fernando Degiovani explora esta permeabilidad en los retratos hechos por el artista plástico Carlos Pellegrini. Degiovani identifica una “política visual” en las escenas de lectura, que llaman la atención a la función del libro y la cultura letrada en el período del gobierno de Juan Manuel de Rosas en Argentina, con la intención de mostrar “la función crítica de las emociones en su obra”. En estos retratos, el cuerpo y el rostro son un signo para interpretar la función de los afectos en relación con la ideología. De la misma manera, en el artículo de Ana Peluffo la representación de lo afectivo se centra en el cuerpo y en particular en la forma “líquida” de las lágrimas y el llanto. Peluffo analiza el “exceso afectivo” en las novelas *María* (1868), *Aves sin nido* (1888) y *Sab* (1841) que insisten en una representación sentimental de la esclavitud y en la construcción de una subjetividad basada en “alianzas inter-raciales que subvierten de forma no verbal las regulaciones bio-políticas del régimen colonial”. El trabajo de Peluffo tiene ciertos puntos de contacto con el análisis que hace Leila Gómez de la representación del amor y el erotismo en *The Purple Land* (1885), de William Henry Hudson, y *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de Lucio V. Mansilla. Gómez identifica el papel fundamental que juegan las emociones y los afectos en las maneras de intervenir en el proyecto de nación, como “prácticas re-territorializadoras” y como “alianzas sexuales que asegurarían vínculos políticos, sociales y económicos en un contexto no sólo de legalidad sino también y principalmente afectivo o emocional”.

Desde esta perspectiva el relato de viaje, sugiere Luz Horne, es el lugar paradigmático de la literatura latinoamericana que funciona además como “repositorio y archivo” de “otros” temas y como manera de cuestionar las narrativas de origen e identidad. Horne trabaja la relación problemática entre ficción y documental en “Fotografías” del cineasta

argentino Andrés Di Tella. En dicho artículo se explora también la relación entre los afectos y la nación, ya que según la autora, el documental de Di Tella “cuestiona la autenticidad y la objetividad de un archivo familiar por un lado y nacional por el otro”. En esta relación resuena el eco de las ficciones del siglo XIX, en las cuales los afectos y las emociones privados intervienen en el espacio público de la nación.

Como se ha dicho anteriormente, este trabajo no intenta constituir una genealogía cronológica de la representación de los afectos en Latinoamérica. El tema del amor como afecto central en la construcción de identidades nacionales o de género no es exclusivo de las ficciones del siglo XIX. Efraín Barradas indaga en la “superestrella mediática”, el astrólogo puertorriqueño Walter Mercado o “Shanti Ananda”, como fenómeno cultural y social que provee pistas para pensar ciertas contradicciones ideológicas en la cultura latinoamericana. El conservadurismo político y el machismo ideológico chocan contra esta figura ambigua y contradictoria que predica amor y paz, y que, según Barradas, pone en escena una “androginia teológica”; estrategia que, como “treta del débil” le sirve para performatizar de manera indirecta, “una defensa de la identidad gay” y lo convierten “en un verdadero trasgresor que hace que su público se tenga que cuestionar muy seriamente los presupuestos ideológicos machistas que sustentan toda nuestra cultura”.

Las emociones y los afectos juegan un papel crucial en diferentes momentos de crisis política y social en el siglo XX. En los años sesenta y setenta el campo cultural asume un apasionado compromiso político relacionado con una actitud de combate; sin embargo, a finales del siglo XX y principios del XXI, como señala Ana María Amar Sánchez en su artículo sobre la narrativa del uruguayo Mario Levrero y el puertorriqueño Eduardo Lalo, se produce un “desapego, una desilusión y un rechazo” que puede ser leído a la luz del fracaso de las utopías: “En los comienzos del siglo XXI y en este capitalismo tardío y global, el repliegue de la emoción hacia la interioridad y el relato de lo nimio representan un nuevo estado de cosas: el fracaso de la experiencia social y de los proyectos políticos frente a la pérdida de las esperanzas utópicas”.

En los relatos que analiza Amar Sánchez se identifica una desilusión que se expresa en estrategias narrativas que representan un narrador problemático, “punto de cruce entre política y estética, entre referencia y autorreferencia”. Si bien los textos no hacen alusión explícita a eventos históricos o políticos, su manera de evadirlos remite al “repliegue de la emoción frente a la imposibilidad de una experiencia social directa”. Los afectos y emociones negativos como índices de una experiencia de imposibilidad de la comunidad, son el foco del artículo de Karina Miller que analiza la función impolítica de la narrativa del escritor cubano Virgilio Piñera en las novelas *Pequeñas maniobras* (1963) y *Presiones y diamantes* (1967) que insisten en el tedio, el aburrimiento y la apatía como mecanismos que cuestionan ciertos valores propios de la Revolución Cubana y de sus políticas culturales. Miller propone indagar en “cómo las representaciones de ciertas experiencias, estados y afectos negativos (miedo,

aburrimiento, apatía, estupidez) interrumpen la lógica del antagonismo de lo político y la del discurso hegemónico revolucionario basado en la moral del sacrificio, la productividad y el compromiso”.

Según la crítica Sianne Ngai, la lectura de afectos y emociones “negativos” es especialmente problemática y resulta útil pensarlos como “ideologemas afectivos” en el sentido de que “proyectan un sistema de valores” o simplemente se posicionan como “el lugar de diversas formas de lucha simbólica” (*Ugly Feelings* 7). La propuesta teórica de Ngai es interesante para pensar algunos de los abordajes críticos reunidos aquí; en particular, el énfasis en explorar los “sentimientos negativos o desagradables” como los denomina la crítica norteamericana, que, en oposición a otros sentimientos y emociones trascendentes o grandiosos, evocan dolor, violencia, indiferencia, rechazo, distancia, soledad, amor pasional (en oposición al más “puro” sentimiento de amor romántico), culpa, etc. Llama la atención la preocupación de los trabajos enfocados especialmente en producciones culturales de los siglos XX y XXI que identifican menos la negatividad de ciertos afectos, que la insistencia en la falta o vacío emocional como síntoma de una apatía política, o como alegoría de la dificultad de una propuesta política viable. La pregunta que esbozan estos ensayos se podría formular de la siguiente manera: ¿Qué implicancias éticas se despliegan frente a la representación de afectos negativos o simplemente de la aparente ausencia de afectos?

El texto de Antonio Gómez concuerda en ciertos puntos con el de Amar Sánchez, en este caso desde un análisis del nuevo cine argentino. Gómez se enfoca en la construcción de la distancia afectiva como mecanismo paradójico que pone en escena al mismo tiempo “la expresión de un contenido emocional”. Esta distancia implica un respeto (un gesto ético) hacia el objeto o sujeto de representación y “también una articulación intelectual, un modo de conocimiento” de la realidad y, por lo tanto, de la función del arte en general.

El artículo de Cisterna Gold se enfoca también en la experiencia de alejamiento, con la lectura de dos novelas de exilio y viaje: *Vudú urbano* (1984) de Edgardo Cozarinsky, y *Los incompletos* (2002) de Sergio Chejfec. Cisterna Gold identifica la distancia como espacio simbólico que permite pensar sobre la intimidad y la escritura epistolar a principios del siglo XXI. Las cartas y las tarjetas postales en ambos textos buscan formas de contacto emocional alternativos en un momento en el cual el distanciamiento político parece ser la norma de su tiempo. “De esta manera los textos de Cozarinsky y Chejfec reflexionan en torno a la experiencia emocional de la escritura de la memoria y la relación afectiva entre escritor y lector como sujeto y objeto del recuerdo”.

En esta línea Isabel Quintana analiza las novelas *Museo de la revolución* y *Bahía Blanca* de Martín Kohan; *El aire* de Sergio Chejfec; e *Impureza* de Marcelo Cohen; escritas en los noventa, pero que trabajan con referencias a la política y la militancia de los setenta. Estos textos exploran el mundo privado del deseo y el universo público de la militancia política, los sentimientos de apatía e indiferencia, el repliegue afectivo

y el desapego como estrategias de representación de la articulación entre afectos y política. Quintana afirma que estas novelas: “construyen diálogos complejos con la época, incorporan diseccionando y recreando materiales que provienen del mundo actual, indagan en la zona de la intimidad descongelando diferencias entre lo emocional y lo intelectual”.

El trabajo de Erin Graff Zivin también se ocupa de la representación de un momento histórico que funciona como alegoría para abordar una problemática —en este caso posterior— analizando las representaciones estéticas de la interrogación inquisitorial en *El Santo Oficio* de Arturo Ripstein (1974) y *En el nombre de Dios* de Sabina Berman, (1991). Ambos textos vuelven al tema de la Inquisición para abordar la violencia y la tortura en contextos de producción de represión política en Latinoamérica y en particular en el México “post-68”. Graff Zivin remarca cómo “la captura politizada del afecto en la emoción” constituye el proceso de formación del sujeto y propone tomar en cuenta “*lo que se escapa* de dicho proceso”, indagando en la relación entre deseo y culpa. La crítica afirma que: “La política de la emoción, [...], podría entenderse como una política del resto, del residuo: una política que enfrenta el bloqueo fundamental del deseo sin que busque suturar la brecha”.

Para concluir, quisiéramos marcar que los artículos reunidos aquí dibujan un mapa afectivo, un diseño rizomático de perspectivas, contextos y objetos de estudio cuyo denominador común es la preocupación por la función política de los afectos. En esta articulación —política/afectos— se produce un modo de “subjetivización” —como mencionamos anteriormente en la cita de Rancière—, que se conjuga con la ideología pensada como forma de representación de las condiciones materiales de existencia. En las producciones culturales analizadas aquí, muchas veces los afectos funcionan como correlato de ideologías hegemónicas políticas, raciales o culturales, que vuelven inteligible, precisamente, la relación entre los cuerpos y la ideología. Por eso, un gesto de una mano sosteniendo un libro, el rostro dirigido hacia los espectadores, la performance de un hipismo *demodé*, la soledad de un cuarto de hotel, el aburrimiento profundo de masticadores de chicle, las lágrimas de amor, el desapego, la distancia afectiva, el dolor, el deseo, la culpa, todos estos sentimientos, emociones y afectos, nos señalan una experiencia a descifrar. Charles Peirce define el índice como algo que “indica que algo considerable sucede, aunque no sepamos exactamente cuál es el evento, pero puede esperarse que se conecte con alguna otra experiencia”. Es curiosa la elección de ejemplos que da Peirce: un golpe en la puerta o una explosión tremenda; así conciben precisamente los trabajos presentados aquí a las emociones y los afectos: como gestos que llaman a la puerta, como explosiones que nos hacen pensar qué está detrás del ruido, quién está detrás de los golpes, qué nos quiere decir y por qué ha venido hasta nosotros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis. *On Ideology*. London: Verso, 2008.
- Beasley-Murray, Jon. *Posthegemony*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2010.
- Flatley, Jonathan. *Affective Mapping*. Cambridge: Harvard UP, 2008.
- Gregg, Melissa y Gregory J. Seigworth, eds. *The Affect Theory Reader*. London: Duke UP, 2010.
- Hirsch, Marianne. *The Generation of Postmemory*. New York: Columbia UP, 2012.
- Lacalu, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Ngai, Sianne. *Ugly Feelings*. Cambridge: Harvard UP, 2005
- Moraña, Mabel e Ignacio Sánchez Prado, eds. *El lenguaje de las emociones. Afecto y Cultura en América Latina*. Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2012.
- Pierce, Charles. “El ícono, el índice y el símbolo”. <<http://www.unav.es/gep/IconoIndiceSimbolo.html>>. 9 julio 2016.
- Rancière, Jacques. *Disagreement. Politics and Philosophy*. Julie Rose, trad. Minneapolis: U of Minnesota P, 1999.
- _____. *Politics of Literature*. Julie Rose, trad. Cambridge: Polity Press, 2011.
- Schmitt, Carl. *The Concept of the Political*. George Schwab, trad. Chicago: The U of Chicago P, 1996.

